

"CORRIGE SODES HOC ET HOC" ⁽¹⁾

Reparos a un artículo, publicado por *La Nación* en «Letras y Artes», t. I, n. 14, 27 de sept. de 1925, con el título «*Las ideas del señor Tomás a Kempis*, por Alberto Gerschun».

En el popular Catecismo de la Doctrina Cristiana, que compuso el docto Jesuíta Jerónimo de Ripalda, aprenden los niños que, entre las obras de misericordia espirituales, cuéntanse el *enseñar al que no sabe*; el *dar buen consejo al que lo ha menester*; el *corregir al que yerra*. Habiendo, pues, yo leído el trabajo literario, que va expresado, tras de la curiosidad despertada por su encabezamiento, me pareció que podía practicar de un camino dichas tres obras, haciendo notar en otro artículo los errores, ignorancias, apreciaciones injustas y aun calumniosas y afirmaciones blasfemas, con que allí tropieza el lector, a fin de evitar a éste el daño, que de suyo producen semejantes lecturas, y al autor de tales páginas proporcionarle la ocasión de reconsiderar y corregir su escrito, si quisiese Dios que a tanto llegase su buena disposición de caballero para abrazar y profesar la verdad.

Y mis reparos irán en forma de breves apostillas y no de un todo con perfecta unidad lógica; aunque sí, para mayor claridad, distribuiré la materia por el siguiente orden: índole del libro *La Imitación de Cristo* y con otro nombre, *El Kempis*; su verdadero autor; afirmaciones históricas y morales, vertidas al paso que se van desenvolviendo estos dos capítulos en el artículo del señor Gerschun.

I

Así, lo primero, qué concepto haya él formado del celeberrimo librito, nos lo dan a entender varias frases, que, esparcidas acá y allá, recojo y transcribo a continuación.

(1) Horat. Epist. ad Pisones, v. 439-440

«...Corrige sodes

Hoc, aiebat, et hoc...

Por favor, decía, corrige esto y aquello y lo otro y lo de más allá.»

Como el Eclesiastés, es un libro de decadencia. ¿Libro de decadencia un libro que contiene palabra de Dios?

Es una glosa del libro (alude otra vez al Eclesiastés, libro bíblico) más hondamente desconsolador de la humanidad. ¿El Espíritu Santo, Espíritu consolador por naturaleza, desconsolando a los hombres? ¿No deberá llamarse blasfemo este lenguaje?

Es la obra de un fatigado de la vida.

Encierra el método reflexivo de un nihilismo piadoso.

La Imitación de Jesucristo es el libro de un hombre de acción, que se ha desengañado de los beneficios de su acción, ante la obstinada incapacidad de comprender de la gente, a que se dirigía. Y se dirigía a los cristianos de todos los pueblos y edades...

No hallaremos en sus capítulos una palabra de profundo impulso místico.

Si sacamos lo que tiene de litúrgico (epíteto del que, aun relacionándolo con el IV libro, no acierto a ver la propiedad), de imitativo, de «pastiche» devoto, tendremos la confesión de un pesimista.

En verdad, que de tales cláusulas resulta algo desfavorable la descriptiva definición del sublime libro. Pero ello no obstante, advirtamos bien que es *devoto*, que *tiene de imitativo*, y en fin, es tal, que a pesar de lo censurable de la razón, *contiene verdades... que resumen nuestra conformidad servil* (léase rebelde) *ante el destino* (leamos Dios), *conviene leerlo*. Más aún, y dado que nos atuviésemos al sentir del escritor, de que *no debe importarnos, todavía nos da una constante lección cristiana*.

Finalmente, es él quien *enseña a los buenos católicos* (a todos los cristianos, pues por algo se intitula La Imitación de Cristo) *el desprecio de las vanidades terrestres y los educa en la doctrina de la caridad y amor de Dios*. ¡Muy bien! Esta definición es buena y por ella aplaudo cordialmente al que nos la brinda. Mas, este deber cumplido, no puedo menos de notar la inconstancia consigo mismo, con que aquí procede; pues hay oposición manifiesta entre estas ideas y las anteriores. Con lo cual no sé qué crédito podrá obtener de sus lectores en la variedad de atrevidos juicios, que luego emite.

De ellos el primero versa sobre quién es el que escribió esas admirables páginas, que jamás envejecen, siempre consoladoras y siempre fecundas, las más vertidas a distintos idiomas y las más leídas, después de la Sagrada Biblia. Conozcámoslo. *Durante algunos siglos se ha creído que soy* (hace aquí hablar a Tomás de Kempis) *el autor de este libro, porque se leían en la última página del código de 1441,*

sobre el cual se hizo la edición de Amberes, las siguientes palabras: «Finitus et completus anno Domini 1439, in vigilia sancti Jacobi Apostoli per manus fratris Thomae Kempis, ad laudem Dei, in monte sanctae Agnetis.» Sin duda yo lo copié. Más abajo, y continuando el diálogo, que finge el articulista, nos cuenta el modo cómo vino a sus manos el texto de su copia, y que, sacando otras, las envió a sus amigos de Roma y de Lyón.

Ante todo, ¿de qué manera se habrá de entender esto, que el códice es de 1441 y acabóse de escribir en 1439? Lo razonable y propio fuera decir el códice de 1439. Además ¿por qué, «terminado y completado por mano de Fr. Tomás de Kempis» ha de significar trabajo de copia terminado y completado y no, escrito original de un autor, al propio tiempo buen pendolista; cual nos consta que era el auténtico Fr. Tomás, por la Biblia, un Misal de gran tamaño y varios opúsculos de San Bernardo, primorosamente transcritos, que todavía existen de él? En la cual última suposición, urge de nuevo lo extraño. Porque ¿cómo es entonces que cerca de 200 nombres de escritores, desde el siglo xv, han podido presentarse, para adjudicarles la paternidad del áureo libro? ¿No habla suficientemente en favor del religioso de Santa Inés la citada nota, corroborada por la naturaleza misma de la composición de la obra y la perfecta semejanza de estilo y lenguaje, que ostenta respecto de otras del místico escritor, cuya autenticidad nadie discute? Con las cuales reflexiones y porque no he hallado ni atisbos de la tal indicación, puesta al pie del códice, según anuncia el señor Gerschun, vengo en temor de que sea supuesta o espúrea.

En cuanto a ser autógrafo y no traslado aquel vetusto testigo del siglo xv, apenas habrá quien no haya estado por lo primero. En esta convicción, presente lo tuvo el erudito Roberto Rosweyde, S. J., muerto en 1629, al dirigir la edición que nos legó y por cuyo medio, revisada y confrontada con el texto nuevamente por el docto crítico y, hace poco, director del Gimnasio de Kempen, Miguel J. Pohl, han sacado las suyas con escrupulosa fidelidad, los renombrados impresores Herder y Pustet; éste en 1923.

Por el mismo tiempo aplicóse el Dr. Pohl a inquirir y estudiar muy de propósito cuál fuese la persona, cuya inspirada mística nos regaló tan sabroso fruto. Y tomando desde luego la opinión más seguida, a ella dirigió todo su esfuerzo; concluyendo, al fin, con moral certeza, después de pesadas diligentemente las razones intrínsecas y extrínsecas, que se ofrecen, no ser otro, efectivamente, que ese Agus-

tiniano de Windesheim, Tomás Hemerken, alias Kempis, por el nombre del lugar de su nacimiento, Kempen, donde ocurrió el año 1380. Falleció en el de 1471, a la edad de 92 y 71 de vida de estudio, oración y celo apostólico, y favorecido de gran opinión de santidad, entre los primeros discípulos del que llama él *luz de la Iglesia*, Gerardo de Groot.

Forma parte de la argumentación extrínseca de Pohl un testimonio de toda excepción mayor el que, por serlo, quiero traer aquí; y es el de Juan Busch, hermano de hábito de Tomás y por largos años morador con él del retiro de Santa Inés: el cual, en la crónica que compuso de su reciente Congregación, muestra tener por indiscutible que le pertenece la paternidad controvertida. Es la sentencia corriente en nuestros días y como tal la han defendido, Mons. Malou (1), Spizen (2), Vacandard (3), Jeanniart (4), du Dot, etc.

II

Entre las noticias allegadas por el articulista de *La Nación* (él sabrá de dónde o si inventadas), atrae particularmente la atención la de que Hemerken o Kempis, muy lejos de lo expuesto, no pasó de ser en el monte de Santa Inés, «un copista hábil y paciente, convirtiéndose tiempo adelante en un industrial, fabricante de bebidas alcohólicas, o si de hecho profesó regla, infiel a Dios, la abandonó». Para admitir lo primero como posible, y dentro sólo de la suposición de que el claustro de Windesheim era uno de tantos que entonces se ganaban la vida trasladando códices antiguos a pergaminos nuevos, asalariado seglar y no religioso, hácese preciso aceptar que hubo allí, y a un mismo tiempo, dos individuos de igual nombre y apellido y hasta de idéntico sobrenombre, en razón de tomarse del lugar de Kempen, en que ambos vieron la luz. Mas, coincidencia tan rara, ¿quién la aceptará por sucedida, si no se demuestra?

El señor Gerschun, que tantas cosas ha averiguado del famoso copiante de *La Imitación de Cristo*, que hasta sabe que *era un hombre-cillo delgado, de pequeña estatura y de una calvicie cárdena*, ha pasado más allá en su diligencia, llegando a hojear y tal vez a meditar la copia, ahora vulgarizada por la imprenta. Sin embargo, debe de

(1) Les hollandismes de L'Imitation de J. C. 1884, p. 373-374.—(2) Kirchengeschichtliche Abhandlungen und Untersuchungen, 1899, t. II, p. 373-374, 406-407.—(3) Revue du clergé français, oct. et déc. de 1908.—(4) Revue des sciences eccles. jenv. 1905, sg.

ser menos el cuidado, que en esto gastó, pues están equivocadas las citas de los capítulos que alega, salvo una, y dos son erróneamente entendidas. Así la de *L. IV, c. I*, debe ser *L. I, c. I, v. 18* (edic. Pustet mencionada arriba); la de *L. III, c. I, c. I*, está en lugar de *L. I, c. I, v. 9*; la de *L. III, c. 17*, ha de decir *L. III, c. 18, v. 3*. Y aquí de la particularidad de tomar la sentencia aducida, como dicha por el autor del libro; cuando, en la verdad, es Jesucristo el que la profiere. La aplicación de la misma, además de falsa, resulta chusca. Oigámosle: *En el libro III nos habla de sí. «He vivido, dice, (son palabras de Jesús) toda mi vida en la indigencia completa de los bienes terrenales. A menudo se han quejado contra mí.»* Y comenta el escritor: *Es así cómo alude Charlier (Gersón, quien lo es para él del Kempis) a la destrucción de su casa (la que sin embargo no fué destruída, sino solamente saqueada) y las funciones que ha desempeñado...!*

La cita *L. III, c. 54*, está conforme, pero se la interpreta mal. Porque dice: «La naturaleza, *asevera*, (el Kempis) trabaja por su propio interés y considera cuáles ventajas puede sacar de los demás.» Va haciendo ese capítulo 54 una detenida comparación entre los diversos movimientos y tendencias de la gracia y la naturaleza, oponiendo a la voz de la una la voz de la otra. Y a continuación del versículo copiado, reza el 8 de este modo: *La gracia antes considera no lo que es útil y cómodo para uno mismo, mas lo que aprovecha a muchos.* Como si dijese: la naturaleza es toda egoísmo, la gracia toda caridad y solicitud por el provecho y bienestar de los demás. De consiguiente, el comentario del articulista: *Quien hace tales afirmaciones es un filósofo y un físico que medita sobre el universo, sin ceñir su pensamiento a las preocupaciones teológicas*, adolece de impertinencia y nada significa.

Y si en esto está desacertado, observemos ya si acierta al fundar su sentir de que el libro más hermoso, que ha salido de las manos de los hombres, no se debe al santo religioso holandés, sino al célebre francés Charlier y por otro nombre Gersón, el Canciller, *el censor implacable de los que ponían la religión al servicio del Estado.* Con motivo, nos dice, haciendo hablar al copista Hemerken, *de la árida discusión de los Agustinos y de los Benedictinos* (confieso mi ignorancia acerca de ella) *a mediados del siglo XVII, el Parlamento de París me reconoció en 1652, como el verdadero autor de la obra y un pronunciamiento igual formuló la Congregación de Cardenales el 14 de febrero de 1639. Ya entonces algunos maestros lo atribuían a Juan*

Gersón. Así como en ningún autor he visto apuntada aquella *árida discusión*, así tampoco he encontrado, ni en los escritores de Historia más modernos, la menor mención del extraño reconocimiento por la Asamblea Nacional de París. Y en verdad que se hace recia cosa creer que todo un Parlamento se ocupase en averiguar y resolver si es no no Fr. Tomás de Kempis el verdadero autor de *La Imitación de Cristo*, y esto, desoyendo el parecer de algunos maestros, que ya en aquel mismo siglo sentían que competía a Francia tan preciada gloria. ¡Cuánta imparcialidad, por otra parte, pues por sólo y puro amor a lo que juzgan cierto, rehusan apropiársela!

Tocante a los Cardenales que se pronunciaron en el mismo sentido, ¿quiénes fueron? Si hay que entender alguna de las Sagradas Congregaciones Romanas, ¿cuándo, pregunto, se creyó ésta con facultad especial para intervenir y fallar en una cuestión puramente histórica, de autenticidad de autor, y qué importancia podría tener para ella? Asimismo, ¿cómo es que a pesar del peso de esas dos autoridades siguió la controversia entre los sabios, propugnando porfiadamente la sentencia contraria un Onésimo Leroy, un Tomassy, Darche y Cazères?

A Gerschun, para seguirlos, ¿qué género de pruebas le mueven? ¿Documentos? Véase lo que acerca de ésta, que fuera la más convincente, nos asegura: *Para mí el autor de La Imitación de Cristo es Juan Charlier. Se lo probaré no con documentos, porque no hay documentos. A falta de ellos, prometo probarlo con el sistema deductivo, en que tanto se complacía Renán.* ¡Allá él con su amistad! Y la deducción, camino en estas materias de Historia tan expuesto a descarríos, no la sé hallar si no es en el hecho, acaso, de que *en la celda, en el refugio penumbroso de la abadía, etc. se puso a leer el Eclesiastés*. Y algo más abajo: *La triste sabiduría del Eclesiastés le consolaba en su desaliento. Así fué cómo comenzó a construir su Imitación*. Por manera que el argumento es éste. *Juan Gersón, acabando, cansado de luchar, por encerrarse en un convento, busca alivio a su tristeza en la alegría triste del Eclesiastés, libro el más hondamente desconsolador de la humanidad.* (Galimatías se llama esto). Pero *La Imitación* es una *glosa de este libro* santo. Luego Juan Gersón lo escribió. ¡Donoso raciocinio! ¿Habría algún discípulo de Lógica Menor que apruebe la legitimidad de la conclusión?...

Húbolo de conocer el mismo que la deduce, y así y porque es palmaria la diferencia de estilo y de ideas entre las obras del Doctor parisiense y ésta de *La Imitación de Cristo*, pónese a distraer la

atención del lector, escribiendo largo y tendido sobre la vida y carácter de aquél. Acerca de lo cual, como habría tanto que reparar, escogeré, por no fatigar al lector, alguno que otro concepto y afirmación de más bulto, relativos así al Canciller, como a personas de su tiempo.

III

Y, ante todo, conste que Gersón nunca hizo profesión religiosa. Lo que hay es, que mientras el Papa, el Emperador y los Padres, ya terminado el Concilio de Constanza en 1418, regresaban a sus países, él, queriendo evitar al Duque de Borgoña, Juan sin Miedo, un segundo crimen, pues había jurado su muerte a todo trance, no contento con haberle saqueado la casa y promovido un motín contra su persona, tomó con sus dos secretarios de Concilio, André y Ciresio, el camino del destierro, dirigiéndose a la Abadía benedictina de Mölk, en Alemania, con cuyo Abad había hecho conocimiento en Constanza. Mas, transcurridos unos meses, viniendo a desaparecer el Duque, asesinado por orden del Delfín, quitado de este modo el estorbo, partió el siguiente año de 1419 para Francia; aunque no volvió a París, entregado como estaba a las facciones y en poder de los Borgoñeses, sino que fijó su residencia en Lyon, adonde lo habían llamado su hermano, Prior de los Celestinos y el Arzobispo Amadeo de Talaru (1). En cuya compañía pasó los restantes 10 años de vida (1363-1429), ocupado en ejercicios de piedad y en componer varios escritos, en particular un tratado de Teología mística pastoral, muy conocido, y en enseñar con notable edificación la Doctrina cristiana a los niños en la iglesia de San Pablo.

Por lo que concierne a la integridad de sus costumbres y vida sacerdotal, es significativo lo que Salambrier hace notar en elogio de ellas, a saber, que más de 50 Concilios particulares y numerosos escritores eclesiásticos recomiendan a los Pastores de almas *ese señalado, piadoso y sabio profesor, a ese celador del bien y salud espiritual de los prójimos, a ese director sin par, a ese modelo de los ministros del Evangelio*, etc. En oposición a lo cual, no se deberá traer su errónea manera de sentir acerca de *la autoridad de los Concilios contra la autoridad del Papa*; que era no *incredulidad*, sino efecto de su formación teológica en la escuela de D'Ailly y en los escritos de Ocdam, en parte, y en parte, achaque bastante general en los es-

(1) Salembrier. Dict. de Théol. cath. t. VI.; Swab, Ioan. Gerson, p. 767.

critores de principios del siglo xv, a causa de no haberse estudiado aún convenientemente esta materia de la naturaleza y autoridad del Primado romano.

Por consiguiente aquello de que *gustaba evocar en su soledad a Placidia de Got, que paseaba al atardecer con la Duquesa de Borgoña y que únicamente se mostró reservada y avara con el docto canónigo*; y esto otro: *Éra sensual como todos los eclesiásticos contemporáneos de la Corte de Aviñón*, es sencillamente una vil calumnia: como tampoco lo es menos, además de moralmente imposible, que todos los eclesiásticos, contemporáneos de la Corte de Aviñón, vivían desarregladamente. Dícese en Filosofía que lo que prueba demasiado no prueba nada. Porque, en efecto, adviértase bien que todos los eclesiásticos del orbe católico, existentes durante los 70 años de residencia de los Papas y la de los Antipapas del gran Cisma en la ciudad del Ródano, fueron contemporáneos de aquella Corte. ¿querrá el señor Gerschun persuadirnos de que todos ellos eran unos *sensuales*?...

En particular, de Clemente VII, afirma que *se le veía conversar afablemente con las amigas de los Prelados*. Ciertamente que tiene harta de que lamentarse la Historia, del cismático Cardenal Roberto de Ginebra, a vueltas de excelentes cualidades que le adornaban. *El verdugo de Cesena, el hombre de ancha conciencia*, es para el cronista de aquel tiempo, Teodoro de Nieheim (1). De que vivió en su tierra traidor a los Estados Pontificios, le acusa Ludovico Pastor (2), así como también de sumisión ilimitada para con el Rey, de cuyos planes rebajábase a ser un dócil instrumento (3). *Clemente VII se da a la buena vida y no mueve ni un dedo siquiera para obtener la unión de la Iglesia*, escribe Felipe de Mezières (4); *en su Corte, dominan la avaricia, el orgullo y el lujo. Los Cardenales, a porfía con el Antipapa, desplegaban una prodigalidad*, agrega Courajod, (5) *de que aun hoy día dan testimonio sus sepulcros*. Todo esto, repitámoslo, es desgraciadamente muy cierto. Pero de aquí a la descarada liviandad de costumbres, que significa *las amigas de los Prelados*, hay todavía un paso. De haberse llegado a este punto, no lo ocultaran los escritores de la época, y menos los críticos de nuestros días; en cuyas magistrales obras, la de Los Concilios, de Monseñor Hefele, la de la Iglesia, del Cardenal Hergenröther, y la de los Papas, de Pastor, no se descubre una frase que lo indique. Añádase a esto que en me-

(1) II, 1.—(2) Hist. de los Papas, I, p. 261.—(3) Ib. p. 260-261.—(4) Valois II, 389, not. 1.^a 391.—(5) Gaz. archéol. 1885, p. 239.

dio de aquella aseglarada Corte no dejó de resplandecer con admirable fulgor la inocencia y virtud de un joven Cardenal, el Príncipe. Beato Pedro de Luxenburgo. No se crían los lirios en un cenagal. Y a otros Marix llama *excelentes Cardenales* (1). Pero, en fin, el articulista, que tales ignominias nos relata, ¿por qué no nos dice también cómo las descubrió?; ¿a qué fuentes acudió? Y es en extremo significativo que en toda su lucubración no cite tan siquiera una, sino que corre suelta y procaz su pluma, sin que la detenga la santidad de aquel principio: A nadie se llame malo, sino después de haber probado que lo es: *Nemo malus nisi probetur*. Diré más: sin que se percate ni preocupe, de que la fea mancha de aceite, que él cree divisar en Aviñón, la recele alguien oculta en el corazón de quien así habla.

Porque ¿cómo explicarse, si no hay tal, que en el decurso de un artículo se le ofrezcan tantas veces imágenes de ese género, que si finge sorprender a Hemerken en un sueño, éste ha de tener su repunta de lujuria; si tropieza con personajes históricos en su camino, ellos serán vistos a través de este prisma; si, por un prodigio de penetración, alcanza a distinguir los pensamientos del piadoso Charlier, se le han de antojar revoloteando alrededor de una tal Placidia de Got, a la que no faltará en pintar con colores y marcada delectación no santa. Contempla cómo vuelven de Jerusalén, no sabría yo decir qué clase de guerreros cruzados, en el siglo de Gersón, puesto caso que, efecto de la derrota de Gaza en 1924, se perdió la Ciudad Santa definitivamente, y los ve venir *con mujeres que cedían por unos acres de tierra a los hidalgos de Provincia* (supongo que es error de imprenta, por Provenza). Da con el Rey Salomón allá *bajo los árboles, en el estío oriental donde gustó de los placeres y profesó la sabiduría*, y al punto le viene en pensamiento que allí fué también donde *conoció la delicia que le puso en el corazón la vibrante voluptuosidad del Cantar de los Cantares*. Tan familiar y perdidamente en pos de ella se va el pensamiento que ni la augusta santidad del libro basta a contenerlo, para que no entre aquí a buscarla, y sobre todo para que no eche de ver en que aquel místico Épitalamio divinamente sublime, por el que se representa la inefable unión espiritual de Cristo con la Iglesia, viene a ser profanado horrendamente; cuando quiera que de este modo se lo rebaja hasta confundirlo con una literaria producción de Lorenzo Valla o de Emilio Zola, ponga-

(1) Lehrbuch der Kirchengeschichte, p. 485. 7.^a Aufl.

mos caso. ¡El Espíritu Santo inspirando voluptuosidad y derramándola por unas páginas que han de ir a conocimiento de todas las generaciones venideras! Osadía y blasfemia mayor no cabe.

Mas, no va esta sola. He aquí otra, envuelta en las siguientes palabras: *De este modo los que con Gersón han intentado todo y se han persuadido de que la humanidad no hace más que cambiar de sitio los guijarros en que siembra, prefieren cifrar en la eternidad o en Dios, lo que la persona de normal equilibrio cifra en la hechura de sus manos.* De donde se infiere, en ofensa de cuantos esperamos en Dios y en la eternidad, que somos, en virtud de ello, unos desequilibrados, del propio modo que el prescindir de la eternidad y de Dios, como de cosa inútil y molesta, es signo de normalidad de equilibrio, esto es, de cordura y prudente sabiduría. Más sin embozo: Dios sobra. ¡Con semejantes doctrinas se intenta equilibrar a la sociedad, que, a los golpes del grosero materialismo y de su escuela, el vicio, se tambalea!...

Parecidamente lastimadas salen de la pluma del señor Gerschun la verdad histórica y la memoria de nuestros mayores en la fe, con la afirmación: *Debemos convencernos de que no existía la fe en la Edad Media; existía la superstición.* Porque entonces tenemos, que las magníficas catedrales ya románicas, ya ojivales de aquellos siglos, de las cuales tanto se ufanan todavía las naciones europeas, que, si por dura ley de la guerra sufren tal vez detrimento, luego se hinche el mundo de airados lamentos; la Suma Teológica de Santo Tomás, imperecedero y no igualado monumento de sabiduría divina y humana; el genial y grandioso poema, a la vez que rebosante de cristianismo, la *Divina Comedia* del Dante; la gigantesca empresa de las Cruzadas, en cuyas aras fueron a ofrecer generosamente sus vidas, dando a la par una prueba hermosa de la unidad de la gran familia de Jesucristo, dos millones de guerreros, anhelosos de rescatar la tierra santificada con la vida y sangre redentoras; todo esto no es sino fruto de *superstición*, que equivale a decir de ignorancia; obra de unas sociedades, presas de *los terrores imaginarios*, que agitaban su conciencia y en la que para nada entró la celeste inspiración y poderoso aliento de la fe. ¿Qué se entenderá por fe? ¡Admirable y esclarecidísima superstición la superstición medioeval!

Un último reparo, porque es ya hora de concluir, móvalo la proposición... *O en Buena Ventura, el suave creador del Angelus.* Es, pues, de saber, que la noble y devotísima oración, en que veneramos el altísimo misterio de la Encarnación del Verbo, juntamente con el

de la maternidad virginal de María, no aparece en la Iglesia hasta la segunda mitad del siglo xvi, a la distancia, por tanto, de trescientos años del Doctor Seráfico, en el *Officium Parvum*, revisado por orden de San Pío V. Encuéntrase en el *Manuale Catholicum* del reciente Doctor, San Pedro Canisio (1), y en el Concilio de Praga de 1605; fijando definitivamente su uso Benedicto XIV en 1742, al disponer que el Angelus fuese sustituido con el Regina Caeli, durante el tiempo Pascual. Al Santo General franciscano podría atribuírsele, cuando más, la costumbre de rezar tres Avemarías al toque de tres campanadas, después de Completas, introducido en su tiempo; pero aun esto es muy dudoso, a pesar de unos pocos escritores que lo sostienen o refieren: Octavio de Martini (2), p. ej., Wadding (3) y Tiraboschi (4). Parece más bien originarse de Milán, hacia 1296, por obra de Bonvicino de Riva, de la Orden de los Humillados (5).

JUAN PLANELLA, S. J.

(1) Amberes 1588.—(2) *Orat ad Sixt.* IV. n. 10; *Act. Sanct.* jul. t. II, p. 790.—(3) *Annal. Min.* ad an. 1269, p. 4.—(4) *Act. Sanct.* 1, c., p. 218. *Tirab.* t. I, p. 299.—(5) *Inscript. tumul ib.* 1. c. *Vd. Dict. de Théol. cath.* t. I, p. 1278.